

Era indudable que los franceses despreciaban al Emperador de México, considerándole representante de un pueblo al que trataron siempre como inferior; pero en esta vez Maximiliano se mostró orgulloso y rechazó con energía el desdén que se le manifestara. De aquí que crecieran las malas inteligencias, los sendos disgustos y acaloradas discusiones entre el Imperio y la Intervención, olvidadas á veces al parecer, pero siempre sostenidas en el fondo. Esto explica en parte las dudas y vacilaciones de Maximiliano, en la hora solemne en que iba á jugar su fortuna en un sólo y dudoso golpe de dados. (*)

Los conservadores mostraban persistente deseo de comprometer á Maximiliano, para que poniéndose á la cabeza de ellos probara la suerte de las armas; y en tal virtud les hablaron á Márquez y Miramón, viniendo en último análisis á convertirlo en un rey de facción, ligado por bien ó por mal á los destinos de un partido. Estos manejos eran contrariados por la Intervención, aconsejando á Maximiliano que, antes de lanzarse en cuerpo y alma á la guerra civil, y de producir una conflagración que no se extinguiría sino con la sangre de los vencidos, y antes de imponer ruinosos sacrificios á sus gobernados, deber del Soberano era tomar consejo del país, y seguir francamente la que declarase ser su voluntad, único medio de investigar si contaba con el apoyo y simpatías de sus súbditos, pues era imposible que se oyeran las promesas de un gobernante en circunstancias en que, pasiones ciegas y ambiciones desordenadas querían llevar adelante la satisfacción de sus odios y de su interés, á través del fuego, de la sangre y la guerra sin cuartel. Ocupada ya la mayor parte de la República por los republicanos, era de esperarse que, ó no habría votación, ó sería pura y simplemente el restablecimiento del gobierno de Juárez.

Llamados los Ministros y Consejeros á Orizaba, quedaron en México despachando los negocios algunos de los primeros y los subsecretarios presididos interinamente por D. Manuel García Aguirre. Bazaine arregló las escoltas para que aquellos encontrasen seguro el camino hasta Orizaba. En consejo pleno iban á ser discutidos los grandes asuntos del Imperio. ¿Abdicaría el Emperador ó retendría la corona? ¿Partiría sin abdicar y sin intención de volver, ó con la resolución de regresar? Tales eran las cuestiones capitales que se discutirían. Algunos de los consejeros opinaban por el alejamiento temporal, con reserva de los derechos soberanos y libertad de acción para el porvenir, dejando una Re-

(*) Si se ha de dar el crédito al rumor esparcido en esos días, se sabrá que hubo pretensiones ha provechar la influencia que sobre Maximiliano tenía su consejero íntimo el Padre Fischer, á quien se le había ofrecido por los franceses una libranza de 150,000 pesos en caso de que accediera el Emperador á partir, y aun se citaba el nombre del banquero mexicano que conservaba el documento y que era Mr. Martín Darán.

Se refiere también que, aunque ese asunto de tentativas de corrupción no pasase de un cuento, fué creído por Maximiliano quien sintió herida su dignidad y uniendo este sentimiento á otras causas contribuyó á impedirle dejar á México, y creyó que los franceses pretendían cubrir su retirada con la partida del Emperador y poder decir: que supuesto que el Príncipe acobardado abandonaba su Patria, nada les quedaba que hacer."

gencia compuesta de un militar y dos togados, é indicaron para el primer puesto al general Márquez y para los otros á Lares y Marín.

A todos los que hablaban á Maximiliano acerca de estos asuntos, les contestaba que tomaría en consideración sus razones y resolvería. Nacionales y extranjeros tenían fijadas sus miradas en Orizaba, principalmente los originarios de Francia y los Estados Unidos.

A las nueve y media de la noche del día 23 de Noviembre, llegaban á Orizaba el ministro Lares y los consejeros de Estado y comenzaron desde luego las conferencias.

Tranquilo Maximiliano con las opiniones que oyera, el lunes 19 de Noviembre había dirigido un telegrama á D. Teodosio Lares, Presidente del Consejo de Ministros, ordenándole que este y el Consejo de Estado se trasladaran á la mayor brevedad á la ciudad de Orizaba, para ocuparse de asuntos de la más alta importancia. Pero esta orden no suponía la detención de Maximiliano en el país, pues al día siguiente disponía que salieran los últimos bultos de su equipaje con dirección á Paso del Macho.

Lares hizo conocer el telegrama imperial á los ministros y á D. José María Lacunza, presidente del Consejo de Estado y este comunicó la orden el mismo día á los consejeros, que para tratar el asunto se reunieron á las dos de la tarde en la casa número 9 de la calle del Seminario, que era donde el Consejo celebraba sus sesiones. En aquella reunión se señaló para la partida el día 22 y el siguiente en la noche entraban á Orizaba las personas que dieron cumplimiento á la orden del Emperador. Estas fueron los Sres. Lacunza, Fonseca, López Portillo, Siliceo, Vidaurri, Almazán, Linares, Cordeiro, Cortés Esparza, Pérez, Orozco y Berra, Méndez, Hernández, Gutiérrez, Villalva, y Arango y Escandón, los cuales fueron alojados en la nueva casa de Diligencias, donde se encontraban ya los Sres. Lares, presidente del Consejo de ministros, y Marín, Campos y Arroyo que también asistieron á las conferencias, los dos primeros como ministros con voz y voto en el Consejo, y el tercero como ministro de la Casa Imperial y según orden suprema de 24 de Setiembre anterior, pues conforme á las leyes, el ministro de la Casa Imperial solo concurriría al Consejo cuando lo llamaba expresamente el Emperador. Varios consejeros dejaron de asistir, dando por causa para su falta, diferentes motivos; pero no dejó de observarse que los que eludieron el viaje pertenecían al partido conservador.

El Ministerio y el Consejo de Estado, llegados á Orizaba con escolta francesa y por influencia del general Miramón, estuvieron conferenciando en la residencia imperial desde el sábado al lunes. El Sr. Lares, encargado de llevar la palabra á nombre de todos los miembros de la comisión, suplicó á Maximiliano que no se alejara del territorio, asegurándole en nombre del clero y con garantía del Padre Fischer, que podía disponer sin tardanza, de cuatro millones de pesos y de un ejército listo ya para comenzar las operaciones, aceptando Márquez y Miramón el mando; el primero ocuparía la capital y protegería el Valle de Méxi-

co y la parte oriental contra los amagos de Porfirio Díaz, y el segundo partiría hacia el Norte para batir á las fuerzas de Escobedo, y se consideró más fácil la victoria con el concurso del general D. Tomás Mejía, cuyo crédito militar era aun poderoso en la sierra y todo el Estado de Querétaro, testigo de sus hechos desde hacía mucho tiempo. Derrotadas las fuerzas republicanas en el Norte, volverían los imperiales sobre las de Oaxaca que se creía aniquilar fácilmente. En cuanto á los millones ofrecidos, el Presidente del Consejo únicamente había declarado que se les encontraría y que esto era un secreto de su partido.

Maximiliano adoptó el plan propuesto y dirigió á la capital un telegrama que compendia todos los sucesos ocurridos.

El 20 de Noviembre envía Maximiliano desde Orizaba una nota telegráfica al cuartel general francés, diciéndole que ninguno de los pasos que había dado autorizaba á nadie para creer que tenía la intención de abdicar en favor de algún partido, pues que el haber llamado á los Consejos de Estado y de Ministros, era precisamente para que, unidos á él, depositaran el poder interinamente, en las manos de quien debería guardarlo cuando llegara la ocasión de abdicar, y en espera de que el voto de la Nación resolviera lo demás. Para arreglar estas juntas, había llamado al Mariscal Bazaine. Calificaba de muy aventurada la pretensión de que un gobierno provisional fuera reconocido por los Estados Unidos, pues no sabía quien garantizaría ese reconocimiento, ni quien iría á solicitarlo. Creía obligatorio, devolver á la Nación los poderes que de ella había recibido y dejar las otras cuestiones de origen y elección del nuevo gobierno, al libre voto del país. Consideraba su único deber nombrar una Regencia provisional, en tanto que la Nación era convocada, y hacer los esfuerzos convenientes para ello, á fin de buscar protección para los imperialistas sin mezclarse en más.

El día 24 se participó oficialmente al Emperador la llegada de ambos Consejos, y este dispuso recibir al de Estado á otro día nombrando secretario al Sr. Linares por falta del Sr. Elguero, que era el titular, dándose orden para que se tuviesen como secretas las sesiones. En efecto, el día 25 á las 10 de la mañana, los consejeros se reunieron en el salón del alojamiento del Emperador, que era la casa perteneciente al Sr. D. Miguel Bringas. Estaba aquella sala decorada con decencia y aun con cierto lujo. Maximiliano se encontraba de pié en medio de ella, vestido muy sencillamente sin condecoración ninguna, con la espalda á una mampara de vidrios que daba paso á las habitaciones interiores. Saludó á los consejeros con una inclinación de cabeza y luego con voz conmovida les dijo: "*Señores. Yo no soy el que era; la Providencia ha querido experimentar me con crueles dolores, tanto físicos como morales; por otra parte, el Emperador de los franceses, de acuerdo con la República del Norte, ha dispuesto retirar su ejército del país y su apoyo á mi gobierno, á pesar de los solemnes tratados que existen. En tan críticas circunstancias, yo no he querido tomar resolución ninguna, sin que antes deliberen mis consejeros que son tan ilustrados y que me han sido tan fieles. De esto tengo un nuevo testi-*

monio, al ver la solicitud con que ustedes han ocurrido á mi llamamiento; yo me felicito de ver á ustedes á mi lado, y les doy las gracias por las molestias que han tomado al satisfacer mis indicaciones. Bien habría querido ir á México para tratar con ustedes de los puntos que han motivado mi resolución; más, por una parte mis enfermedades me impiden hacer un viaje por el momento, y por otra, deseo que la deliberación de ustedes sea enteramente independiente del influjo francés."

Después de haber dicho estas palabras Maximiliano, se adelantó para saludar en lo particular á cada uno de los consejeros, distinguiendo con especialidad á los que consideraba sus predilectos amigos; para todos tuvo un recuerdo ó alguna expresión feliz, é iba ya á retirarse, cuando el Sr. Lacunza le dijo:

"*En nombre de mis compañeros y en el mío, suplico á Vuestra Majestad que tenga la bondad de darnos las noticias que haya recibido de la interesante salud de la Emperatriz.*"

"*Malas, muy malas,*" contestó el Emperador profundamente conmovido y con los ojos anegados en lágrimas; hizo una cortesía á los consejeros y volvió á entrar en sus habitaciones.

Aquella misma tarde se reunieron los Consejos, habiendo asistido los consejeros y ministros que estaban en Orizaba, con excepción del Sr. Gutiérrez que no pudo hacerlo por estar indispuesto. En esta sesión se nombraron las comisiones que generalmente tiene un cuerpo deliberante y se dió lectura á una carta del Emperador dirigida al Presidente del Cuerpo de Ministros, cuyo tenor literal era el siguiente:

"*Mi querido Presidente del Consejo de Ministros:*

La gravedad de la situación actual de nuestra patria, justifica el paso que hemos dado llamando á nuestro derredor á los Consejeros natos de nuestro Gobierno, con el objeto de que, auxiliados por sus luces y apoyados en sus consejos, podamos dar una leal solución á la crisis que atravesamos.

Penoso es el deber que nos incumbe; pero también es profunda Nuestra convicción de que así lo exige el bien de la Patria. Después de un exámen imparcial y desapasionado y de largas y detenidas meditaciones, creemos ser de nuestro deber el devolver á la Nación Mexicana el poder que de ella recibimos.

A esta convicción nos han conducido las siguientes causas:

- 1.ª *La prolongación lamentable de la guerra civil, que por todas partes deja marcadas sus huellas con la sangre de millares de nuestros conciudadanos.*
- 2.ª *La actitud hostil de los Estados Unidos hacia la forma monárquica.*
- 3.ª *El hecho de que nuestros aliados, por razón de política, no sólo se hallan en el caso de no poder seguir prestando sus auxilios, sino que últimamente los representantes de la Francia me han hecho saber, que se han entablado negociaciones entre el Gobierno del Emperador de los franceses y los Estados*

Unidos, para asegurar una mediación Franco-Americana, en virtud de la cual se prometen poner término feliz á la guerra civil que por tantos años ha desolado nuestra Patria. Para lograr este fin, se me ha comunicado que, tomando en consideración la opinión de las masas del pueblo americano, se considera como indispensable que el gobierno que se establezca, bajo esta mediación, tenga la forma republicana.

Para la realización de tales combinaciones, tememos ser un obstáculo. No titubeamos, pues, en ofrecer cualquier sacrificio en las aras patrias, considerando también que la Providencia se ha servido quebrantar nuestra felicidad doméstica, agobiando nuestro vigor y fuerzas.

A nuestros Consejos de Ministros y de Estado, que nos han dado tantas pruebas de adhesión y de fidelidad, Hemos llamado para que juntamente con Nos procuren dar una feliz solución á tamañas dificultades.

Deseo que Vd. comunique á los miembros de esos respetables Cuerpos, el contenido de esta carta, para los expresados fines.

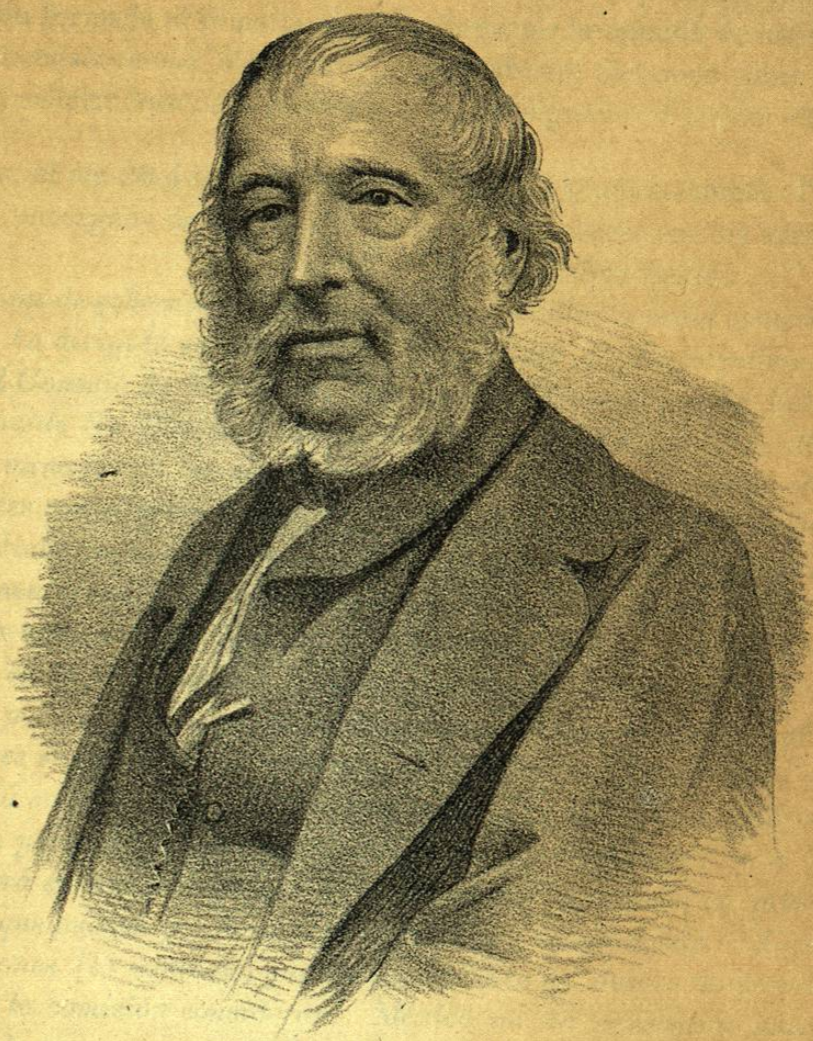
Vuestro afectísimo.

Maximiliano.

El Sr. Lares dió la carta al Sr. Lacunza; las dos corporaciones se reunieron al día siguiente en la habitación de aquel, que era en el Hotel Nuevo. Unos consejeros, los liberales, creían que Maximiliano debía abdicar después de celebrar algunos tratados que salvaran los intereses creados; los conservadores á quienes se unieron los Sres. Vidaurri, Lacunza y Fonseca, opinaron porque no debía abdicar y por tal motivo llegaron á equilibrarse las votaciones que alguna vez decidió el Sr. Lacunza con el voto de calidad.

Pasada la carta á la comisión de gobernación compuesta de los Sres. Fonseca, Vidaurri y Arango y Escandón, y tomando la palabra el Presidente del Consejo de Ministros, dijo: que tenía que hacer algunas explicaciones sobre los diferentes puntos que contenía aquella carta, siendo la principal que las comunicaciones que Maximiliano manifestaba haber recibido de los representantes de Francia, no habían sido oficiales, y que á él mismo habían dicho el Mariscal Bazaine y el general Castelnau, que deseaban devolver al Gobierno Imperial los elementos mexicanos de guerra, á fin de que el Emperador pudiese utilizarlos á su regreso y tuviera con qué sostenerse á la retirada del ejército expedicionario, cuyo deseo era el mismo del Emperador Napoleón, y concluyó diciendo que hacía aquellas explicaciones para que los consejeros emitieran su voto con perfecto conocimiento de causa y no fueran á incidir en un error.

El presidente de la comisión designada, expuso: que estas explicaciones no le parecían bastantes para formular un dictamen acertado, que sería preciso ver las comunicaciones que había recibido Maximiliano, para formarse de ellas un concepto perfecto, con tanta mayor razón, cuanto que había una clara contradicción entre el tenor de la carta y las manifestaciones que hacía el señor Presidente de Consejo de Ministros, pues según aquella, aparecía que el Emperador tenía re-



Mr. Peter Campbell Scarlett.

Representante de la Gran Bretaña, fué recibido por el Emperador Maximiliano el 8 de Febrero de 1865, habiendo demorado el acto de presentar sus credenciales, por susceptibilidades diplomáticas que tardaron en allanarse. Inglaterra estuvo vacilante: dijo que sostendría aquí la monarquía y á Maximiliano, á condición de que el pueblo mexicano se decidiera por ellos, en caso contrario se abstendría.